

Dr. Juan Marín.

ACERCA DE LA EMOCION (1)

HA dicho Baglivi que cometería grave error quién pretendiera oponer lo antiguo a lo moderno, y que, por el contrario, nuestra obra debe tender a buscar el nexo oculto a veces, pero nunca interrumpido que los une.

Ha venido a mi espíritu esta idea que maliciosamente alguien pudiera referir al nacimiento mismo de esta sociedad, al entrar a charlar con Uds. esta noche sobré la Emoción y sobre el concepto médico y filosófico que de ella se ha tenido a través del tiempo.

El fundador de la Escuela de la Filosofía de Darsmatd, nuestro viejo conocido el Conde Keyserling, ha hablado de una creciente mecanización de la sociedad actual y de las almas humanas.

Según él la emoción se ha hecho discontinua y, por ende, revolucionaria y son estos fenómenos al proyectarse sobre las grandes masas humanas, las que darían origen al confuso panorama de los pueblos y de la humanidad contemporánea.

Según Keyserling, el tipo humano converge hacia lo que él llama el «bárbaro mecanizado» y que en sus últimos libros ha bautizado ya con el pintoresco y gráfico de «chauffeur». No es necesario decir aquí qué atributos son los que él cree encontrar en el «hombre de nuestro tiempo» como diría Ortega y Gasset, ya que en ambos sobrenombres está perfectamente definida su condición.

En el otro, polo espiritual del nebuloso y desconcertante filósofo del norte, surge la voz cálida de un hombre de nuestra raza

1) Conferencia dictada en la «Sociedad de Cirujanos de Hospital» (Sesión Inaugural, Agosto 1931).

para decirnos que esta época es una de las más intensamente emocionales que la humanidad haya jamás vivido.

«El corazón del hombre más tranquilo del mundo, dice Gregorio Marañón, se estremece por lo menos tres veces al día al golpe de una sacudida emocional.»

Las emociones se multiplican, intercurrentes unas en las otras, surgen inesperadamente y desde los más diversos puntos cardinales del psiquismo. Esto es lo que cualquiera de nosotros puede observar con sólo asomarse cinco minutos al balcón de su introspección o en forma mucho más cómoda y vulgar, como asomarse al balcón de su casa.

Las multitudes caminan por las calles con todos los signos de los estados angustiosos pintados en el rostro, el vértigo de la velocidad acelera los motores, el ansia de dinero aprieta los corazones, el cinematógrafo con sus mil y una aventuras revolucionarias las mentes infantiles, brindándoles en pocos minutos más imágenes y sugerencias que tuvimos nosotros en el total de nuestros primeros quince años. La ambición de ser, de llegar, alcanza hoy en el espíritu del hombre el punto culminante de su curva y este parece ser en realidad, el hondo y verdadero «mal del siglo».

Pero este orden de consideraciones podría llevarnos muy lejos.

He dicho que trataría en esta modesta charla de un tema que colindando con el asunto médico alcanza también una de las zonas más interesantes de la filosofía y del arte.

Los precursores de la Medicina se encontraron como nosotros colocados frente al trágico dilema del ser, de la vida, del origen y la localización del pensamiento dentro del cuerpo del hombre.

Después de Esculapio, el legendario discípulo del Centauro Chirón, hijo de Saturno y a quien según la leyenda Apolo enseñara el arte de la Medicina, aparece allá por el año 500 A. de J. C., un pintoresco personaje filósofo, médico y poeta que viajaba por las ciudades de Grecia envuelto en un manto de púrpura ceñido con cinturón de oro y coronada la rizada melena por las hojas del laurel; era Empédocles de Agrigento, creador de la doctrina de la transformación de la energía y creador también de la doctrina de los elementos (tierra, aire, fuego y agua) aplicados a la filosofía. La atracción de estos cuatro elementos es el fenómeno creador así como su repulsión implica destrozamiento y fin. En el mundo moral o en el de las emociones los mismos fenómenos al actuar sobre el cuerpo humano compuesto de estos cuatro elementos dan origen al amor o al odio, así como en el

terreno material producen la creación o la destrucción. Según este hombre, a mi entender, quedaría subordinado el mundo de las emociones a los cambios físicos y biológicos que experimenta el organismo, en donde viene a coincidir con los más modernos experimentadores de la Psicología.

Yo aprovecho esta ocasión para sacar del olvido la personalidad genial de este precursor que en su vida realizó las más bellas obras: combatió una epidemia de fiebre palúdica con el drenaje de unos pantanos, mejoró las condiciones de una ciudad de Sicilia, bloqueando una gigantesca hendedura en la falda de una montaña, sacaba del sueño cataléptico a los hombres con la misma facilidad con que podía llevarlos a él, y terminó sus días arrojándose en el cráter del monte Etna.

La escuela Pitagórica de Samos surgida pocos años después hace existir tres facultades: natural, espiritual y animal. Y tres espíritus: el natural producido en el hígado, el vital en el corazón y el animal en el cerebro. En Egipto, Pitágoras aprendió la doctrina de la metempsicosis y fué el primero que estableció que en el cerebro radican las más altas actividades del pensamiento, fenómeno que fué traído al plano experimental sólo hace pocos años por Flourens y por Goltz. Las almas individuales son para él sólo emanaciones del alma universal: el hombre no es más que un pequeño mundo, «microcosmos», hecho enteramente a imagen y semejanza del gran mundo o «macrocosmos».

Poco después Demócrito de Abdera formulaba el concepto de que todo en la naturaleza, incluyendo el cuerpo y el alma, está constituido por átomos, cuyos movimientos serían causa de la vida y causa de la actividad mental (ideas).

El período llamado greco-romano de la Medicina fué completamente influenciado por las grandes figuras del período llamado clásico (460 a 146 años A. de C.) Las grandes figuras de Sófocles y Eurípides, de Sócrates y Platón, de Aristófanes y Píndaro, de Heródoto y Tucídides, de Fidias y Polignoto, tienen en la Medicina su equivalente, en la gigantesca personalidad de Hipócrates, el Padre de la Medicina.

De este período son las ideas de Platón que asentaba el valor en el pecho, y los deseos sensuales en el vientre y las de la Escuela de Salerno que localizaba el amor en el hígado, la alegría en el bazo y la cólera en la vesícula biliar.

Como se ve, la orientación hipocrática que tendía a la observación de hechos, arrancando la Medicina de su faz hipotética y mística, influía sobre los grandes filósofos en tal forma que se buscaba ya localizaciones a los fenómenos del psiquismo con el mismo empeño que 24 siglos después continuamos buscándolas.

El período galénico significa un retorno a la especulación teorizante y a la metafísica.

Sin embargo, el viejo Aristóteles su maestro, en medio de la bruma de conceptos con que inundó la filosofía, definió ya así las emociones: «movimientos del apetito sensitivo con alguna mutación corpórea del estado natural al no natural».

Más adelante veremos, cómo en esta afirmación la filosofía aristotélica coincide con la fisiología de Cannon y de Marañón.

La escuela de Alejandría, a pesar del espiritualismo *a outrance* que la caracterizaba, seguía influenciada por Aristóteles. Las sensaciones, según ella, van a un órgano sensorial común para el espíritu vital que preside y que obra. El órgano sensorial común es el órgano de recepción material; el espíritu vital preceptor y actuante es inmaterial.

A pesar de su metafísica, Galeno fué el primero en hacer Fisiología Experimental y con sus vivisecciones puede decirse que fué el creador de la Fisiología del sistema nervioso.

Contra los Estoicos y los poetas que pretendían que la voz salía del corazón él logra demostrar su dependencia del cerebro, por intermedio de unos nervios que él descubrió y que llamó «nervios vocales».

El cerebro está colocado en el cráneo, decía Galeno, como un Rey en su trono, teniendo en torno suyo como fieles servidores a los sentidos. ¿No está indicándonos esto que es en él en donde asienta el alma?

Para él, el cerebro, recibe de las arterias el «espíritu vital» y lo transforma en sus ventrículos en «espíritu animal», enviándolo después a lo largo de los nervios a todo el organismo. Este espíritu no es la sustancia constitutiva propiamente del ALMA sino sólo su instrumento. El cerebro sería capaz de irradiar una fuerza a semejanza del sol que irradia su luz.

Para Galeno, el alma sigue los temperamentos del cuerpo y está íntimamente unida a él. De acuerdo con Aristóteles formula su célebre sentencia: «*nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*».

La sensación es la raíz, según él, o más bien dicho la fuente de sus facultades. Si ellas no existieran no habría tampoco ninguna función del alma, y, por tanto, «no habría más alma».

A tan brillante período sigue la oscura noche medioeval apenas iluminada por los resplandores de la ciencia bizantina y luego la mahometana.

Hasta que advino el Renacimiento no hubo nada inductivo ni experimental. Todo razonamiento era formal y deductivo. Jamás se interrogaba a la Naturaleza directamente para arran-

carle sus secretos. La Lógica y la Dialéctica eran las verdaderas fuentes del conocimiento, como ha dicho Sir Clifford Allbut, de Londres, en su interesantísimo tratado «The Historical Relations of Medecine and Surgery».

El «neuma» de Galeno, el «arqueo» de Paracelso, el «animismo» etc., agrupaban en torno a sus banderas a sabios y filósofos poseídos de verdadera fiebre especulativa.

El propio Hipócrates fué ignorado durante casi toda la Edad Media.

Necesitamos llegar al siglo XIV y principios del XV, período que se ha llamado del pre-renacentismo para encontrarnos de nuevo con el «encanto de Aristóteles», que dice Garrison en su Historia de la Medicina que flotaba por encima de todo».

Con la filosofía aristotélica se empezó la destrucción total de la escuela de la tradición árabe. De este período son los humanistas Mundinus, Guy de Cahuliac, Mondeville, Argelata, Ipermann, etc., etc.

El siglo XVII que con justicia ha podido parangonarse al siglo de Pericles, surge de la Historia con su pléyade super-humana en la cual los nombres de Shakespeare y Milton, Raleigh y Moore, Velásquez y Rembrandt, Cervantes y Molière, Bach y Purcell, Newton y Leibnitz, Espinoza y Locke, Miguel Servet y Galileo, Bruno y Copérnico, preparan el advenimiento de los dos grandes filósofos Bacon y Descartes.

Con René Descartes (1662) y su tratado «De Homine» encontramos el primer libro moderno de fisiología, que Sir Michael Foster, ha parangonado por su importancia a los «Principios de Biología» de Herbert Spencer.

Descartes considera al cuerpo humano como una máquina dirigida por un alma racional localizada en la glándula pineal.

Con su obra «Des passions de l'âme» (1649) echa las bases de la teoría fisiológica de las emociones, según hace notar el Dr. Enrique Mouchet, Profesor de Psicología Experimental en la Universidad de Buenos Aires.

Ha citado este Profesor argentino un párrafo de la obra de Descartes en que describe el mecanismo del amor y que nos permite formar juicio sobre la concepción que él tenía de las emociones:

«Cuando el entendimiento se representa algún objeto de amor, la impresión que este pensamiento hace en el cerebro conduce los espíritus animales por el nervio del sexto par hacia los músculos que están alrededor del estómago e intestinos, lo que permite que el jugo de los alimentos que se convierte nuevamente en sangre pasa prontamente hacia el corazón, sin detenerse en el hígado y que siendo empujado con más fuerza que la sangre que está en las

otras partes del cuerpo, entra con mayor abundancia en él, y produce allí mayor calor, debido a que es más espesa que la que ha sido rarificada varias veces, pasando y volviendo a pasar varias veces por el corazón; esto da por resultado que envía también espíritus al cerebro, cuyas partes son más gruesas y agitadas que de costumbre: y estos espíritus reforzando la impresión que el primer pensamiento del objeto amado hizo, obliga al alma a detenerse sobre este pensamiento y en eso consiste la pasión del amor.»

Como se ve, Descartes ya concebía que el centro de la vida emocional estaba en el cerebro y no en el corazón.

Por el mismo tiempo surge el místico belga Jean Baptiste Van Helmont que como su maestro Paracelso, cree en la existencia de un espíritu que él denominaba «blas», que preside cada proceso del cuerpo. Al lado de este «blas», habría un fermento especial, esencialmente químico llamado «gas». El centro de origen de todo «blas» o ánima sensitiva, opina que estaría en el hueco del estómago, «supuesto que un golpe dado en esta región destruye la conciencia».

Es el tiempo en que las grandes corrientes del pensamiento alemán soplan con más fuerza que nunca del lado de Francia. Primero con Cousin, Quinet y Michelet, para no citar sino a los principales, y luego con Taine y Renan, la vida intelectual francesa y europea aparece convulsionada hasta sus raíces por una corriente científica y literaria que venía del otro lado del Rhin.

Es primero el concepto que niega la independencia del espíritu y lo une enteramente al Universo material (Herder, Schelling, Creutzer, etc.). Y luego la gran etapa hegeliana que hace admitir el imperio soberano de la «materia-vida», de la cual se va desprendiendo poco a poco el «espíritu» y sus manifestaciones diversas. Un determinismo absoluto y de un positivismo «a outrance» inundó la literatura, la filosofía y las ciencias (Balzac, Stendhal, Zola, Flaubert, etc., etc.). De otro lado surgía Darwin con su observación de la naturaleza y su creación titánica: el evolucionismo.

Así fué como el «acto moral» vino a ser explicado cual la simple resultante de un determinado estado cerebral, ni más ni menos que un proceso o acto digestivo podía resultar de un estado fisiológico de las glándulas hepáticas o gástricas.

Como dice Louis Reynaud, catedrático en la Universidad de Clermont, «estos filósofos y estos sabios, pretendían tener el alma humana bajo la lente de sus microscopios. Tenían sus reactivos listos para producir en el alma, crímenes o acciones admirables, fenómenos que Taine comparaba al vitriolo y al azúcar, respectivamente».

Para Hegel, sostenido por Goethe e interpretado por Taine—todo en el universo está rigurosamente determinado—. Que los hechos sean físicos o morales no importa, siempre tienen causas: las hay para el heroísmo o la verdad, como para la contracción de un músculo o la producción de calor orgánico. El vicio y la virtud son simples productos. La creación artística está ligada a la materia bruta, al clima, a la raza, al suelo, al aire. De fenómeno en fenómeno, de ley en ley, la ciencia y la filosofía pueden llegar a encontrar leyes más generales. Un análisis superior vincula estas grandes leyes y estos tipos a alguna fórmula universal: es la metafísica hegeliana.

Pero, volviendo a nuestro asunto:

Nos acercamos a la época contemporánea de la ciencia y de la filosofía en la cual las diversas interpretaciones dadas a los fenómenos de la conciencia y de la afectividad obligan a agrupar a los sabios en diversas Escuelas para tener una mejor visión sobre todas ellas.

Una inmensa literatura surgida en relación con el tema dificulta considerablemente la labor de síntesis.

Cuan diversos tiempos aquellos en que William James, a fines del pasado siglo, queriendo documentarse para escribir su «What is an emotion» confesaba que de sus búsquedas al través de infolios y tratados, todo cuanto pudo encontrar referente a las emociones cabía en un trocito diminuto de papel.

La que se ha llamado «teoría clásica» o también «intelectual de la emoción que formulada en 1828 por el gran filósofo alemán Herbart y desarrollada ampliamente por su discípulo el psicólogo Nahlowski en 1862 en su obra «La vida emotiva». Para ellos todos los estados emocionales se subordinan a primitivos o anteriores estados intelectivos. Sentimiento y voluntad dependen de ideas. No tienen vida propia y el sentimiento nace cuando una idea choca con otras ideas y no puede actuar libremente.

Podría definirse el sentimiento según el último autor citado como:

«la percepción inmediata de la detención o de la aceleración entre las representaciones presentes en la conciencia.»

Contra esta Escuela nació en 1885 la llamada «teoría fisiológica» o «periférica». Su punto de origen es la obra de Lange titulada «Las emociones», en la cual se sostiene que los fenómenos circulatorios serían primitivos a los de orden nervioso.

Tan peregrina aseveración despertó una multitud de contradic-

tores, principalmente Frank, Betchrew, Binet y varios otros psicólogos de la escuela francesa.

Pero Lange no estuvo solo. Una gigantesca figura cuya sombra cubrió los fines del pasado siglo, vino a reforzar sus argumentos. Se debe al psicólogo americano William James con su obra «Principios de Psicología» (1890) el principal aporte a la escuela fisiológica.

«Mi concepto, dice James, es que los cambios corporales siguen inmediatamente a la percepción del hecho excitante y la emoción no es otra cosa que el sentimiento de esos cambios a medida que se van produciendo.»

Si imaginariamente se suprimieran de la conciencia las sensaciones provenientes de los órganos afectados no habría emoción.

O en otras palabras, sentimos la emoción de dolor porque lloramos, de cólera, porque gritamos, gesticulamos, nos sentimos congestionados, etc. Todo el mundo sabe como se puede aumentar la emoción de rabia dejándose llevar, gritando cada vez más fuerte, amenazando, etc. Igual cosa ocurre en la emoción de pánico que no vendría a ser sino la resultante de que nos damos cuenta de estar asustados, es decir, pálidos temblorosos, etc.

Sergi (Las emociones, 1901) y nuestro conocido Profesor Georges Dumas se convierten en los campeones de la doctrina periférica. Pero este último acepta la existencia de emociones que no se acompañan de una participación orgánica periférica, como ser las alegrías estáticas de los místicos. Admite, además, que las sensaciones periféricas tienen un valor sensitivo y hasta afectivo, así por ejemplo dice:

«sentimos en la tristeza la frialdad de nuestras extremidades, el escalofrío de nuestra piel, la pesadez, las contracciones excesivas de nuestros músculos, y estas sensaciones son desagradables.»

Del conjunto de sus observaciones deduce Dumas que en la emoción deben ser distinguidos tres elementos: 1.º elementos afectivos que son de origen cerebral; 2.º elementos afectivos dependientes de sensaciones orgánicas; y 3.º elementos sensitivos constituídos por las sensaciones orgánicas, mismas, viscerales, cutáneas, articulares, musculares, etc.

Otra teoría es la llamada «Cerebral» formulada por Paul Sollier, en su obra «El mecanismo de las emociones» (1905) sosteniendo que las reacciones cerebrales producidas por modificaciones moleculares de la sustancia encefálica a causa de percepciones o representaciones, constituyen, una parte fundamental del mecanismo de la emoción. Esta se generaría en la corteza

cerebral y todos los fenómenos periféricos son secundarios o agregados.

Contra los «periferistas» se levanta también en 1900 el conocido fisiólogo y laboratorista inglés Sherrington con una serie de experimentos, que constituyen la más formidable argumentación contra dicha teoría.

Sherrington seccionó en una serie de perros, todas las vías nerviosas, incluso la médula espinal en la base del cuello y aún los nervios pneumogástricos, y pudo demostrar que todos esos animales sentían cólera, placer, asco, miedo, etc. La conclusión de sus experimentos presentados en la «Royal Society» de Londres era que la expresión visceral de la emoción es posterior a la acción cerebral que se produce con el estado psíquico.

Más lejos que el fisiólogo británico llegaron dos belgas: De Somer y Heymans, quienes separaron completamente del tronco algunas cabezas de perros, de conejos y de gatos, manteniéndolas vivas por algunas horas, mediante un sistema artificial de circulación. Esas cabezas separadas de sus cuerpos demostraban las mismas emociones que las de un animal normal.

Llegamos finalmente a la escuela llamada «glandular o endocrina» cuyas cabezas más visibles son los fisiólogos Bradford Cannon y Crile de Norte-América y Gregorio Marañón de España.

Desde Darwin con su «Expresión de las emociones» hasta Crile con su «Origine and nature of emotions» los hechos positivos de investigación glandular no habían permitido formular una interpretación clara de los fenómenos de secreción interna en relación con las emociones.

La experimentación seria y continuada en este terreno no data de más de 15 años.

De Crile y de Marañón conocemos numerosas publicaciones y de Cannon tuvimos la suerte de oír casi todas las conferencias que dictó el año pasado en el gran Anfiteatro de la Escuela Médica de París, sobre «Fisiología de la Emoción».

Lo que pudiéramos llamar la sintomatología objetiva de los estados emotivos se desarrolla idénticamente en el hombre como en muchos animales de Laboratorio y el experimentador puede cuantas veces quiera, provocarlos, modificarlos, o hacerlos desaparecer mediante aplicaciones más o menos complicadas que pongan en juego mecanismos directos o reflejos y aun con la simple inyección de alguna sustancia. La ira y el terror, la agresividad y el contentamiento, el llanto o la risa entran en esta categoría de fenómenos cuyo íntimo mecanismo va perdiendo sus secretos ante el fisiólogo.

Ha sintetizado Marañón las bases de la teoría glandular en los siguientes hechos de todos conocidos y casi indiscutibles:

La mayoría de los seres humanos que sufren de las glándulas llamadas de secreción interna son extremadamente emotivos. Muchos estados emocionales reproducen fielmente el cuadro o aspecto de enfermedades perfectamente conocidas. Tal sucede, por ejemplo, con la Enfermedad de Basedow, cuyos síntomas representan todos y cada uno de los aspectos de un individuo aterrorizado y cuyo origen y mecanismo reside en un profundo trastorno de la glándula tiroides con repercusión sobre el sistema simpático.

Si se analiza médicamente el carácter o constitución psíquica de las personas emocionales, es fácil descubrir en ellos las grandes líneas deladoras de perturbaciones de tal o cual glándula endocrina.

Las grandes emociones pueden crear estados morbosos dependientes de alteraciones de estas mismas glándulas. Así sucedió en alta y pequeña escala durante la gran guerra y es lo que la vida moderna permite apreciar principalmente hoy día en esos centros de emoción que son las Escuelas de vuelos.

Cannon, Marañón, Brisson, Head, Scott, Mercier, Richard, etc., etc., han podido estudiarlo objetivamente casi, si así pudiéramos decirlo, en los aviadores sometiéndolos a rigurosos «tests» científicos.

Nosotros comenzamos a ocuparnos de este problema hace poco más de dos años, cuando nuestra profesión nos llevó a actuar de Médico de una estación aérea con escuela de pilotaje adjunta. Llegaron entonces a nuestras manos algunos trabajos de Ferry, Camus, Binet y Marañón y los numerosos trabajos presentados al Congreso de Aero-Navegación de Roma.

De nuestras observaciones de ese tiempo son fruto dos comunicaciones que con los nombres de «El Mal de los Aviadores» y «La Aviación como factor de Enfermedad. Patología de Aviación» han sido publicados en algunas revistas nacionales y extranjeras.

Pudimos en ese tiempo comprobar experimentalmente lo que ya nuestras lecturas nos habían indicado sobre alteraciones biológicas, humorales y glandulares producidas por la emoción.

No haré sino citar porque son de todos conocidos hechos como las descargas de adrenalina en la sangre, y la movilización de la azúcar acompañando los estados de terror.

La «emoción» sin emoción» provocada por la inyección de adrenalina magistralmente descrita por Gregorio Marañón.

En nuestra comunicación al primer Congreso Nacional de

Medicina y Cirugía Naval y Militar de Valparaíso en 1929, decíamos que toda emoción representa siempre para el organismo algo más que su efecto puramente inhibitorio en el momento en que se produce. Hay dos aspectos uno psíquico y otro humoral. A los fenómenos subjetivos acompañan perturbaciones viscerales y glandulares y dentro del Sistema Nervioso es el sistema vegetativo Simpático el que fundamentalmente actúa.

No es posible la realización de un acto emocional sin esta íntima y estrecha sinergia de ambos sistemas y se comprende así el «shock» que es el gran cuadro, el drama absoluto de la emoción.

¿Pero es posible hacer ya distinciones absolutas entre lo que es espiritual y lo que es material?

La apariencia de la materia dice Paul Valéry es la de una sustancia muerta, de una potencia que no se transformaría en acto sino por una intervención exterior extraña a ella misma. De esta definición y de sus deducciones se derivaban dificultades invencibles.

Pero hemos asistido a la renovación fundamental de las raíces mismas de la Física y de la Química. La observación pura de los fenómenos aparentes ha perdido su valor y la Físico-Química esta ciencia nueva y revolucionaria nos ha mostrado que la materia no es más que un conjunto de transformaciones que se continúan en lo infinitamente pequeño y en el delirio de un perpetuo movimiento. La idea misma de materia se confunde con la de energía. Movimiento y radiación son los motores incansables de la vida. Las cualidades clásicas de la materia se confunden y como dice el mismo Valéry, «no es ya posible oponer sus atributos de inercia, de estatismo o de homogeneidad a los conceptos netamente opuestos de vida de sensibilidad y de pensamiento».

Esto dicho por uno de los maestros del pensamiento contemporáneo repercute en nosotros con graves resonancias.

La barrera que separa los fenómenos exteriores de aquellos que se pasan en el fondo de nuestro psiquismo tiende a desaparecer y ya unos cuantos audaces exploradores del infinito la han saltado.

En otro orden de ideas Freud y Einstein se dan la mano más allá de la ciencia racional.

En el terreno de la creación artística los «suprarrealistas» se han acercado a las fuentes mismas de la inspiración y el secreto del genio, lo que pudiéramos llamar la aéro-dinamia de la idea tiende a ser alcanzado.

La conciencia no sería sino meramente el resultado de un esfuerzo hacia una estabilización de la mente. La creación artís-

tica no sería el espejo de la realidad sino la realidad en sí misma.

El paso desde la vida como existencia biológica a la existencia artificial de la creación artística no sería sino un proceso de transformación. Como ha dicho Eugéne Jolas, la emergencia espontánea en la conciencia de los símbolos que yacen desintegrados, es la condición *a priori* de toda actividad intelectual.

Pero este camino nos aleja considerablemente del rumbo que llevábamos y nos llevaría demasiado lejos.

Os ruego me perdonéis si al hablaros de la Emoción he debido hacer una pequeña historia del desarrollo de las ciencias biológicas en relación con la Filosofía.

Pero era necesario hacerlo para no limitar a un marco demasiado estrecho un problema demasiado amplio.

La emoción es hoy en la vida humana origen de las más altas ascensiones del espíritu y causa de terribles quebrantos. Bien vale la pena hacer un alto en esta marcha sin fin y preguntarnos si tenía razón el viejo Aristóteles al definirla como un movimiento del apetito sensitivo con alguna mutación corpórea del estado natural al no natural o tiene razón Marañón cuando dice que en toda emoción hay un doble elemento psíquico y glandular, o tienen razón ambos porque en el fondo al través de 25 siglos ambos no hacen sino afirmar el mismo hecho y dejar abiertas las puertas a la misma formidable interrogación.